

# Memento Vivere

**Tomás Peñuela.**

A lo largo de toda nuestra vida, solo somos libres un instante, y lo peor, es que es un instante que la mayoría de nosotros ya no es capaz de recordar.

Como infantes, solíamos explorar el mundo sin prejuicios o clasificaciones pre establecidas, dormíamos cuando sentíamos sueño y comíamos cuando sentíamos hambre. Conforme crecimos, aprendimos a depender más del entorno que de nuestros propios instintos, a vivir desde la hora en que suena nuestro despertador hasta que nuestra madre nos decía que era hora de la siesta, a sentir hambre solo en los horarios de desayuno, almuerzo y cena, y a elegir a alguien para seguir sus pasos, alguien cuyo camino se había perdido en la búsqueda de un sentido que nadie jamás encontró.

De esa forma, comenzamos a seguir los pasos que se nos pidió seguir: Despertar, prepararse, desplazarse de un lugar al otro, volver, dormir, y repetir. No importa qué tan diferente sea un día del otro, si intentamos resumirlos individualmente a lo más básico de su estructura, llegamos a un ciclo que repetimos constantemente. Sin embargo, no tiene por qué molestarnos, el problema es cuando en esa serie de pasos instalados en nuestro cerebro, en esa falaz forma de... “programa”, nos acostumbramos a una rutina tal que ignoramos los detalles del mundo para cumplirla automáticamente, y en ese círculo cotidiano sin fin... nos olvidamos de vivir.

En la ejecución del programa que está instalado en nuestro cerebro, muy pocas veces hay cabida para plantearnos la existencia del otro. Vemos ir y venir a cientos de personas a diario, pero son pocas las veces que nos preguntamos la historia tras cada uno de ellos. Entre las muchas personas que transcurren los caminos que hay entre sus hogares y sus destinos, no es raro percatarse de la presencia de los menos afortunados, solicitando una donación caritativa que les permita pasar de la noche. Pocos paran para pensar en ellos, pues seguramente su vida es consecuencia de sus actos, y realmente tienen demasiados problemas como para cargar con la desdicha del otro, mas no era el caso de Esteban Riaño, un cura con la mirada perdida, como si recién saliera de las nefastas trincheras que ocultan a los soldados de una guerra. El porte elegante, peinado arreglado, colonia de marca y vestidura perfectamente lavada y planchaba no ocultaba la palidez de su rostro y la penumbra que acosaba su alma.

Como cada día, Esteban esperaba a primera hora la llegada de su transporte hacia el convento de una comunidad que, para variar, no es muy creyente. Mientras aguardaba en su posición, oyó los quejidos de una marabunta que era empujada por las puertas atoradas de un bus con tan poco espacio que a duras penas dejaba entrar el aire en medio del bloque de personas. Sin embargo, los suspiros no eran por la limitada movilidad en esa olorosa caja de metal rodante, después de todo, estaban acostumbrados. El sonido no era de ese lamento social en contra del sistema al que se une todo aquel que se acerca, sino de un sentimiento de repulsión que todos sentían, pero cualquiera que aceptara dicha sensación, sería juzgado por su despectiva moral. En medio de ese transporte lleno a más no poder, se encontraba un desordenado vagabundo sin nombre, con un brillo en la piel que era el indiscutible efecto de la grasa y la suciedad, dedos impúdicos que parecían ser resultado del conocido intento de supervivencia de personas en su condición por la búsqueda de algo con lo que alimentarse dentro toneladas de basura características de las grandes ciudades.

El límite de la paciencia de los pasajeros llegó a su límite cuando el hombre comenzó a gritar incoherencias, relatos de circuitos, chips y cables, buscando a alguien que le ayudara a completar su misión de llevar un paquete de “bits” hasta lo que llamaba “interfaz”. Tal era su mala prudencia que los pasajeros sobrepasaron esos límites morales a los que la sociedad está condicionada y lo sacaron con golpes y amenazas del vehículo. Por su parte, Esteban se negó a quedarse sin hacer nada ante la situación, y se dirigió rápidamente con la víctima preocupado por su situación.

- Esteban: ¿Se encuentra usted bien?  
Preguntó el padre con prontitud.
- Vagabundo: Tanto como este mundo digital me lo permita, señor.  
Respondió el maltratado hombre.

Confundido, el cura se limitó a preguntarle su nombre, para posteriormente llevarlo al convento y cuidar de él. Algo había en ese extraño sujeto que le hacía querer protegerlo con insistencia, aunque no podía comprender exactamente qué era.

Una vez en el convento, Esteban le ofreció al hombre comida y bebida. Una vez comenzó su banquete, Esteban se retiró a las cercanías de la estatua de su dios, y se arrodilló rezando como ya era su costumbre, esta vez, pidiendo salvación para el extraño.

- Esteban: Oh, gran Dios, bríndale tu misericordia a este cuerpo errante, y dame la fortaleza para ayudarlo a sanar de todo el mal que está padeciendo.

Tras terminar sus plegarias, Esteban regresó con su comensal, al que le preguntó qué le había parecido la comida.

- Vagabundo: Un magnífico banquete, he de decir. Desearía que toda esta maravilla culinaria fuera real.
- Esteban: ¿Real? Dígame, buen hombre ¿Qué es para usted lo real?  
Dijo Esteban, interesado en conocer a la persona más allá de sus propios prejuicios.
- Vagabundo: Esta comida ha saciado parte de mi hambre y parte de mi sed, pero mi alma sigue vacía. Tal y como lo que vivo día tras día, todo es poco más que una ilusión.

Esteban se encogió de hombros con el comentario, quedándose en silencio por unos instantes.

- Vagabundo: ¿Por qué de repente su malestar? ¿Considera de loco mi comentario?
- Esteban: Por supuesto que no. Es solo que me recuerda a un ser que alguna vez amé, pero ahora ya no está conmigo.
- Vagabundo: ¿Sería demasiado informal de mi parte preguntarle por esa persona?
- Esteban: Nicolás, mi hijo, cometió suicidio hace unos años. Era un fanático de las computadoras, pero un día un brote psicótico lo hizo pensar que “no era real”. Intenté ayudarlo, pero la situación me sobrepasó.
- Vagabundo: No quiero causarle más malestar del que debe estar padeciendo ahora mismo, pero ¿A caso intentó comprenderlo antes de asegurar que enloqueció?

Las palabras del extraño hicieron reflexionar al cura, y rápidamente comprendió la razón por la que su alma lo llevaba a ayudar a este hombre: Dios le estaba dando una nueva oportunidad para ayudar a alguien como su hijo.

- Esteban: Escuché que necesitaba que alguien le ayudara ¿Puedo saber cuál es su meta?
- Vagabundo: Me alegro de que tenga interés genuino. Verá usted, ambos nos encontramos aislados en una enorme computadora. Para salir, debemos llevar este paquete de datos hasta la placa madre, el centro de operaciones de este dispositivo gigante, y una vez allí, encontraremos nuestro camino hacia cualquiera de los componentes.
- Esteban: ¿Y cómo piensa llegar hasta esa “Placa madre”?
- Vagabundo: A través de los buses, por supuesto ¡Como para llegar a cualquier parte!

Esteban, escéptico, comenzaba a entender como el vagabundo pensaba. Ya que su hijo era amante de los computadores, tenía algunos conocimientos del tema, por lo que era capaz de seguir el hilo del vagabundo.

Tras descansar por un día entero en el convento, ambos empezaron su camino hacia la placa madre. Para ello, tomaron el primer bus al que el vagabundo indicó, dado que Esteban realmente no tenía idea de cuál podría ser el lugar al que ese extraño hombre se refería por “placa madre”.

- Esteban: ¿Puedo ver lo que hay en el paquete?

Preguntó Esteban mientras llegaban a su destino.

- Vagabundo: ¡Por supuesto! Aunque ni usted ni yo podemos entenderlo.

Esteban tomó el paquete de las manos del vagabundo, algo nervioso de lo que podría contener, aunque una fe absoluta de que esta era una misión que su Dios le había impuesto. Delicadamente abrió el paquete y suspiró de alivio al encontrar inofensivo el paquete, aunque rápidamente cambió de estar tranquilo a sentirse confundido.

- Esteban: Estas son baterías.
- Vagabundo: Oh, ¿Así es como se ven?, bueno, esos son bits, de hecho.
- Esteban: ¿Bits? Pensé que no tenían forma física.
- Vagabundo: Y está usted en lo correcto. Estos bits son en realidad solo datos, pero toman esta forma para que nosotros podamos interactuar con ellos.
- Esteban: Lo entiendo. Sin embargo, veo que todas las baterías son iguales ¿Me equivoco?
- Vagabundo: Temo que sí, señor. En este paquete hay pilas completamente cargadas y pilas sin carga alguna. Cada pila cargada, representa un “1”, mientras que...
- Esteban: Cada pila descargada es un “0”. Es código binario, sé algo de eso gracias a mi hijo. Dígame ¿Trabajaba usted con computadoras?
- Vagabundo: Oh, para nada señor, de hecho, soy soldado... quiero decir, en la vida real. En realidad, ambos somos compañeros, aunque pertenecemos a diferentes escuadrones.
- Esteban: Así que ya nos conocemos ¿Eh? ¿Es por eso que no ha querido decirme su nombre?

Dijo Esteban incrédulo.

- Vagabundo: Cuando sea el momento, lo entenderá todo.

Finalmente, ambos llegaron a una estación de mucho tránsito. Personas se movían de un lado al otro con sus maletines y mochilas, llegaban y salían pasajeros para tomar otros transportes.

- Esteban: No puedo creer que no haya estado aquí nunca antes.

De pronto, Esteban vio de re ojo unas letras pintadas en las paredes de la estación, pero al girar para ver con detenimiento lo que decía, las letras desaparecieron.

- Vagabundo: Oh, esa era el BIOS.

Asustado por el hecho, Esteban se dirigió hacia el vagabundo.

- Esteban: ¿BIOS?  
Dijo esperando una explicación.
- Vagabundo: Como lo escucha. El BIOS solo opera durante el arranque del dispositivo, analiza que todo se encuentra en orden y permite que se dé inicio al tráfico de datos, es por eso que está aquí, en la tarjeta madre, o lo que es lo mismo, la estación donde se conecta todo.
- Esteban: Pero ¿Por qué no soy capaz de verla?
- Vagabundo: Ya se lo dije. El BIOS opera para dar arranque al dispositivo, y hace mucho que esta computadora inició. De otra forma ¿Cómo habríamos llegado hasta aquí?

Visiblemente nervioso por lo que acababa de pasar, Esteban seguía los pasos del vagabundo hacia el siguiente bus de datos. En el camino, un aviso en la estación en general anunció que ese mismo día se llevarían a cabo manifestaciones que podrían escalar demasiado rápido, por lo que se les recomendaba a todos resguardarse en sus hogares hasta que pasara el mencionado evento. Pese a la noticia, Esteban no se detuvo a pensarlo, pues realmente estaba tan impactado que poca atención le prestó a la novedad del momento.

- Esteban: ¿Cuál es el siguiente paso?
- Vagabundo: Como le comenté hace un momento, ni usted ni yo podemos leer estos datos. Ahora estamos en camino hacia el ROM, pues es el encargado de estas cosas.

A Esteban le sorprendía la narrativa que podía llegar a desarrollar una persona dentro de su cabeza, de hecho, le sorprendía tanto que el hombre estuviera convencido de ello, que comenzó a considerar la posibilidad de que la mencionada situación fuera real.

Rápidamente recuperó los estribos y continuó con su camino al tomar el bus hacia su siguiente destino.

Taran un largo recorrido, el bus se estacionó y los dos hombres bajaron. Sin embargo, el vagabundo comenzó a caminar con más prisa de los que lo estaba haciendo con anterioridad, obligando al cura a acelerar su ritmo con tal de seguirle el paso.

- Esteban: ¿Por qué de pronto estamos moviéndonos más deprisa?
- Vagabundo: ¿No oyó las noticias? Pronto empezarán las manifestaciones, y debemos acabar con esta tarea antes de que empiecen.
- Esteban: ¿Lo dice por el peligro de estar en las calles a esa hora?
- Vagabundo: Sí, pero también porque el comienzo de las manifestaciones es una forma en que el sistema nos hace ver a nosotros dos que la memoria RAM está a punto de terminar sus operaciones.
- Esteban: Ya veo, si la memoria RAM cancela sus operaciones, ya no podremos hacer nada, y tendríamos que comenzar de nuevo.
- Vagabundo: Lo comienza a entender ¿Verdad? ¿Qué se siente estar tan loco como yo?

Los hombres pararon en una chatarrería abandonada, donde Esteban no paraba de mirar un gran contenedor de basura. Por su lado, el vagabundo se esforzaba en encontrar la memoria ROM.

- Vagabundo: ¡AH! ¡La encontré!
- Esteban: Se refiere a que... ¿Yo la encontré?

El vagabundo se dirigió hacia el sospechoso contenedor y se introdujo a sí mismo en ella con el paquete de datos. Esteban lo siguió, pero una vez dentro, sintió como su cuerpo era rápidamente aplastado por una fuerza que no podía explicar, hasta que finalmente, quedó completamente dormido.

Durante el tiempo en que estuvo dormido, Esteban fue testigo de un recuerdo que no le pertenecía a él, sino al vagabundo. Allí, se veía como el vagabundo, pero esta vez vestido de manera elegante, con el cabello arreglado y una apariencia totalmente pulcra, fumaba plácidamente cerca de una enorme torre, cuando de pronto un rayo cayó sobre la cima de la misma, redirigiéndose también hacia el hombre. Una vez despierto, el hombre elegante, cuyo atuendo ahora se veía completamente destruido, vio que un extraño paquete había caído en sus manos.

Rápidamente, el hombre fue a contárselo a su amigo de mayor confianza, un joven obsesionado con las computadoras llamado Nicolás. Ambos estudiaron la situación, y tras analizar el paquete de datos, decidieron seguir un trayecto muy similar al que el vagabundo estaba haciendo con el cura. Sin embargo, este viaje no duró mucho, pues con cada paso que daban, Nicolás parecía perder un tornillo o dos. Para cuando estaban cerca del disco duro, Nicolás no pudo soportar la verdad: En todo el trayecto, se había dado cuenta de que no era real, y que la computadora lo había programado con la única tarea de incentivar al vagabundo a iniciar este viaje.

Esteban despertó en un bus completamente vacío. Sintiendo una extraña humedad en su cuerpo, Esteban decidió registrarse, y se percató de que estaba completamente cubierto de sangre. Frente a él, yacía el cadáver del vagabundo sin nombre. Esteban no comprendía lo que pasaba, hasta que varias piedras comenzaron a romper las ventanas del vehículo en el que se transportaba. Concibió que las manifestaciones habían comenzado, y la RAM estaba a punto de cerrar sus operaciones.

Esteban no sabía lo que tenía que hacer, pues tal vez lo lógico era intentar hacer algo respecto al cuerpo que reposaba frente a él, pero si toda esta historia del computador era real, debía hacer algo referente a los datos antes de que todo colapsara. Tomó el paquete de datos, que esta vez estaba vacío salvo por una nota:

*“Llevar al disco duro”*

*-ROM.*

Esteban no lo pensó dos veces. Como pudo, salió del vehículo y corrió por instinto más que por razón. Finalmente alcanzó un edificio que, estaba seguro, era el llamado “Disco duro”.

Una vez entró, encontró toda la sala llena de archivos y documentos. A medida que pasaba de pasillo en pasillo, su mente rememoraba cosas que creía haber olvidado: Su primera palabra, sus primeros pasos, las primeras ideas que tuvo... Hasta que finalmente recordó lo que pasó en el bus de datos... Pues una vez se enteró de que fue el vagabundo quien volvió loco a su hijo... Acabó con su vida.

Después de ese lapso mental, callo rendido ante una asamblea de seres espectrales que dirigían desde una central el movimiento de los datos. Era el sistema operativo, y todo este programa había sido aplicado para que Esteban llegara con ellos.

Esteban a penas se podía mover mientras veía que su cuerpo completo era convertido en cifras de unos y ceros, revelando su verdadera naturaleza: Él era el dato.

Con su cuerpo completamente digitalizado, fue enviado a un último bus, de vuelta hacia la tarjeta madre, y desde allí, directo hasta la llamada "Interfaz".

El cuerpo de un caballero medieval caía de una extraña red de cables con parecía estar conectada su cabeza. A su alrededor, otros cables sostenían en un estado de aparente coma a los templarios que se podían ver en la sala.

Lentamente, el soldado recién reincorporado a la realidad se puso en pie. Este soldado era Esteban, y no tardó en percatarse de la presencia de otro guerrero caído.

Cuando lo vio, notó casi de inmediato que estaba agonizando.

- Esteban...

Dijo el soldado moribundo.

- Gracias por ser el único que creyó en mí dentro de esa maldita máquina. Ahora que sé que alguien pudo salir del infierno, puedo tener fe en que la humanidad no está perdida.
- Antes de irme, déjame decirte mi nombre...

Esteban lo reconoció sin demora: Era el vagabundo que lo ayudó a salir de la prisión virtual.

- Mi nombre, es Nicolás.

**Fin.**